

EL TIEMPO EN LA POESIA DE JOSE HIERRO

Tropezar con un poeta que se preocupa por el tiempo no es ninguna novedad. Desde tiempos remotos tal elemento ha sido tema fundamental de los líricos. Ya en el Renacimiento existe poesía española que refleja una interpretación personal de lo que es el tiempo; es decir, que no lo trata como si fuese una vaga fuerza o dimensión cósmica aislada del hombre, algo por encima de él. Es más bien un conocimiento íntimo de cambios y ritmos que le colorean innumerables contornos de la vida y le señalan un movimiento fatalmente uni-direccional, determinante de su destino. Si aquel período entre Edad Media y pleno Renacimiento se adhiere aún a motivos doctrinales, como es el caso hasta con Jorge Manrique, no es que éstos escondan el profundo sentimiento temporal de las "Coplas". Durante el Siglo de Oro, el tema conserva cierta nota académica, debido en gran parte a la herencia literaria de los clásicos modelos latinos del *carpe diem* y del *ubi sunt*, y resulta de esto la tendencia frecuente a extenderse a un plano colectivo y ético, a enseñar al hombre cómo debe portarse dentro del fluir del tiempo. Sin embargo, hay que insistir en que esto tampoco impidió a muchos escritores la poetización exquisita de una pasión temporal personalísima, desde Garcilaso hasta Quevedo. El amor y la belleza, vistos como valores transitorios, tanto como la muerte que acechaba en el horizonte temporal, fascinaban al poeta y cobraban

nuevos latidos, aunque los mismos temas habían de sufrir una estilización seca y excesiva mientras avanzaba el siglo XVII.

A pesar de estos notables antecedentes, la explosión se reserva para la época del Romanticismo (aunque menos tal vez en España que en otras partes de Europa): ahora se intensifica el asombro individual, y el poeta sale a protestar, a luchar con su destino temporal, sirviéndole sus versos de arma; o bien, medio-resignado, lamenta en tono agridulce el inevitable desvanecimiento de todo lo humano. Recuérdese como ejemplo de lo primero el "Canto a Teresa" y de lo segundo, las obras de Bécquer. Después de todo, la poetización del sentimiento del tiempo nace en la mayoría de los casos de un romanticismo perenne: el de temperamento y de toda poesía, no sólo de época. La representación literaria del tiempo llega a su colmo en España en la Generación de 1898: nunca más urgente que en aquella época ver lo que se es ante la sombra de lo que se era para buscar adónde dirigirse, visión unida en gran parte al "historicismo", pero no por eso exenta de honda vibración personal. El período contemporáneo pudiera considerarse extensión y desarrollo del romántico y del noventayochista: elemento abundante en la poesía española actual, el tiempo ha seguido esencializándose, librándose de preocupaciones accesorias, para llegar al fondo existencial. Es ya eje del problema del ser y no ser, y por lo tanto, más que nunca se presenta como parte del alma del individuo, inmanente, una experiencia única en quien la vive y que no puede compartirse. Hasta se podría decir que no hay tiempo aparte de la vida humana o que el tiempo es una creación del hombre. O, por lo menos, quién duda que en cuanto se refiera a poesía, la visión subjetiva es la más importante, y que no le toca al poeta establecer una verdad absoluta o científica de lo que es el tiempo, sea alguna especie de sucesión aritmética, algún tipo especial de energía, o alguna voluntad divina.

Dada esta importancia de lo subjetivo en la interpretación de lo que es tiempo, debe admitirse siempre la posibilidad de que

aparezcan nuevas formas de expresar lo temporal en la poesía. Ahora bien, apenas sería posible afirmar que las manifestaciones de tal sentimiento que se encuentran en la obra poética de José Hierro se destaquen por ser precisamente nuevos descubrimientos. Son, como lo es en gran parte toda su obra, tradicionales. Pero la insistencia con que aparece este elemento en su poesía pronto convence al lector de que se trata de una preocupación vital del hombre y de una rueda de su mecanismo creativo, y como en Hierro se reconoce en seguida a un poeta genuino, original —lo que no niega el fondo tradicional— se justifica el estudio del tema aunque sólo sea porque representa una parte íntegra de una creación auténtica y peculiar. Es más, creemos que esta veta de la obra a que nos referimos sí demuestra algo extraordinario, en resumidas cuentas: una variedad sorprendente. Están reunidos en ella todos los motivos importantes de la poesía temporal. Y mejor que un solo asunto homogéneo y clasificable, tiene la forma de un sistema circulatorio cuyas venas y arterias se extienden en dirección distinta, cruzándose y dando vueltas, por toda la obra.

Esta diversidad es una paradoja que bien pudiera parecerle al lector una violación de la unidad de tono y de postura vital que es lícito esperar. Por ejemplo, si nos parece en un momento que el tiempo es fuerza alentadora y que es deseado, pronto nos encontramos con que representa, a la vez, pérdida de vida, y es rechazado; o bien, en un momento se notará que domina, o que es anhelado, un pasado bello, mientras que en otro es suprimido en busca de un vibrante presente estable que se sitúa en oposición a un pasado estéril. Y pocas veces son sencillamente cambios representantes de poemas o de libros distintos. Sería posible alargar la lista de ejemplos para destacar más lúcidamente los muchos polos, las complicaciones y vacilaciones que en su mayoría son ramificaciones de los dos mencionados. Pero no hace falta aquí. Es nuestro propósito registrar varios de estos puntos más detenidamente para indicar cuáles son las más im-

portantes de estas interpretaciones del tiempo, cuáles son sentimiento, cuáles artificio, intentando echar luz sobre cómo se relacionan entre sí y cómo caben dentro de la totalidad de la visión de la vida que se presenta en la poesía de José Hierro, e intentando aclarar hasta qué punto hay contradicción o concordancia, sean reales o aparentes.

Es conveniente dividir el problema en tres aspectos principales: primero, tiempo como fuerza destructora, segundo, lo no-temporal o lo anti-temporal, tercero, tiempo como fuerza constructiva. Apuntemos a la par que el sentimiento que se suele asociar con la primera categoría es uno de dolor, con la segunda, alegría, y con la tercera, una especie de alegría dolorosa. Siendo estos tonos tan propios de nuestro poeta, como es sabido, vale no perderlos de vista, puesto que observando esta polaridad —si es que lo es— desde la ventanilla del tiempo, se echa luz también sobre ella.

Examinemos primero los diversos motivos que se relacionan con el número uno, el lado negativo, que debe reconocerse desde un principio como el elemento más importante entre los tres. Pero antes, como punto de partida, será útil preguntar: ¿Qué conclusión general sacamos de toda la multitud de testimonios del sentido del tiempo que se encuentran en la obra entera de Hierro? ¿Sería posible destacar alguna verdad ancha y definitiva que nos sirviera de fundamento sobre el cual basar nuestro examen del problema, y que incluyera todos los rasgos del sentido del tiempo, o, por lo menos, se mantuviese a través de los extravíos y las vacilaciones? Creemos que si existe tal verdad es ésta: que el tiempo es vida; para bien o para mal, éste es uno de los ingredientes que más decididamente define la existencia peculiar del hombre. Percibir su corriente equivale a un descubrimiento de la vida, no sencillamente del acto de existir, de llenar cierto vacío con un número determinado de libras de carne y hueso, sino de vivir en la dimensión humana tanto de los recuerdos y las aspiraciones co-

mo de las sensaciones presentes, o sea, de experimentar el impacto de todo un sinfín de matices y valores espirituales. El poema "Reportaje", que trata el tiempo de una manera explícita, como lo hacen tantos otros de Hierro, demuestra claramente la importancia de la ecuación. El poeta, preso, se encuentra desterrado de la vida que queda a su alrededor pero siempre fuera de contacto:

Esta cárcel es como una
playa: todo está dormido
en ella. Las olas rompen
casi a sus pies. El estío,
la primavera, el invierno,
el otoño, son caminos
exteriores que otros andan:
cosas sin vigencia, símbolos
mudables del tiempo. (El tiempo
aquí no tiene sentido). (1)

Sin tiempo, está como ahogado, como desprovisto del oxígeno de la vida, exiliado no sólo de la vida ajena sino de la propia: "Porque sin una evidencia / de tiempo, yo no estoy vivo". (*Quinta*, 31). Esta ruptura se comunica con énfasis aun mayor en una de esas impresionantes imágenes plásticas tan características del poeta, de las que parecen lanzar un rayo de luz, súbito y esclarecedor; son versos que en su contexto proporcionan un compacto resumen metafórico del tema general: "Un hombre pasa. (Sus ojos / llenos de tiempo.) Un ser vivo" (*Quinta*, 30). Aunque se verán muchas desviaciones, en último término la regla queda intacta: vida y tiempo son inseparables.

(1) JOSÉ HIERRO, *Quinta del 42* (Madrid: Editora Nacional, 1952), p. 27. Toda referencia futura a este libro se hará con la designación *Quinta*, y se incluirá dentro del texto.

¿Significa lo anterior que el tiempo es más bien un valor positivo en vez del poder destructivo anunciado antes? No. A pesar de que aparece deseado como savia de vida en este poema, pocas veces se pierde de vista por completo el hecho de que el transcurso del tiempo en sí significa desvanecimiento, agotamiento inexorable de la vida. Así, no es de extrañar que en Hierro encontremos un eslabón de la cadena tradicional en cuanto a la poetización de lo temporal: numerosos son los ejemplos de versos en que se canta la fugacidad de todo lo humano. Sin ir más lejos, en el mismo poema "Reportaje" vemos uno. Nótese que los últimos versos pueden considerarse una referencia a otra cárcel mucho más amplia y fuerte que la construída por el hombre:

...Lo eterno
se desvae, y es lo efímero
—una mujer rubia, un día
de niebla, un niño tendido
sobre la yerba, una alondra
que rasga el cielo—, es lo efímero,
eso que pasa y que muda,
lo que nos tiene prendidos. (*Quinta*, 29).

El hombre es víctima de su carácter transitorio. La expresión del tiempo en la poesía no es, ni nunca ha sido, de júbilo, aun cuando no se pinte en tono amargo (con respecto a esto, vale recordar cómo en el fino esteticismo de Azorín, acaso el más empapado de tal sentido entre los noventayochistas, el tiempo se convierte en leve brisa sensual pero sin perder su significado esencialmente trágico).

Sigue la nota negativa en los temas correlativos de la muerte y de la nada; en la obra de poetas que se preocupan por el de la vida efímera es casi inevitable su aparición, sea directa o implícita. Nos urge por lo menos referirnos de paso al uso que hace de ellos la poesía de Hierro para poder situarlos en

su relación con los asuntos a los que nos enfrentamos. No es posible dudar del papel importante que desempeña la muerte, desde *Tierra sin nosotros* en adelante, acento que trae resonancias de su compatriota José Luis Hidalgo; para convencerse de ello, basta leer la sección del tomo citado que corresponde a su título. Indudable también que está muy visible en diversas ocasiones el vínculo estrecho entre tiempo y muerte, dos ejemplos del cual queremos ofrecer. El primero es del importante poema que sirve de obertura al libro *Quinta del 42*, "Para un esteta", donde se descubre el siguiente recuerdo de Jorge Manrique en una imagen convencional en que el todopoderoso tiempo va llevando a los hombres a su fin:

Nada te pertenece. Todo es afluente, arroyo.
Sus aguas en tu cauce temporal desembocan.
Y hechos un solo río os vertéis en el mar
"que es el morir" dicen las coplas. (*Quinta*, 14)

El segundo, en unos versos sombríos, algo quevedescos, no sólo demuestra el mismo lazo sino también el grado de franqueza con que la muerte a veces levanta su cabeza fea ante el poeta, quien no se esquivo nada:

Ahora que vuelve a ser la tarde
de plata y gris, ahora que tengo
ante mis ojos, en mi lengua,
el color, el sabor del tiempo,
ahora, por fin, ¡qué dolorosa-
mente, qué claro y fiel lo veo!
Parece que ando por la tierra
asistiendo a mi propio entierro (2).

(2) JOSÉ HIERRO. *Poesía del momento* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1957), p. 80. Están reunidos en este tomo dos libros publicados anteriormente: *Tierra sin nosotros* (Santander: Proel, 1947) y *Alegría* (Madrid: Adonais, 1947). El lector podrá saber a cuál de los dos corresponde la cita observando si viene antes o después de la pág. 125. *Tierra sin nosotros* comprende las págs. 17-124 y *Alegría*, 125-252. Se designará este libro con la abreviatura PM.

Así, se llega de vez en cuando hasta el margen de lo macabro. ¿Pero no pasa lo mismo, por ejemplo, en la voz delicada de Bécquer? En nuestra opinión, el tema es, en general, más templado; no estamos sólo ante un negro pesimismo total, y predomina el elemento vida. ¿En qué sentido "templado"? Pues, en preocuparse por motivos emparentados, arraigados sin duda, pero que tocan menos en la muerte física. A veces es el vacío, el silencio imponente que uno guarda de un amigo o amado después de muerto, o bien, frecuentemente es cuestión del presentimiento del no-vivir, del reverso de la vida, sombra negativa que forzosamente la complementa. La soledad llega a ser símbolo de la nada, y ¿el vehículo que nos la revela, o que nos lleva a ella? En una forma u otra, el tiempo:

Y así sé
que nos vamos quedando solos.

Me parece que todo huye
que se aleja a un galope loco.
(Y nos vamos quedando solos.) (PM, 219)

Ese hueco al final de la vía temporal es lo que no queda de nosotros, como lo demuestran los últimos versos de "Generación", vacío que ni siquiera pueden llenar las obras del hombre:

Así pasamos, como un soplo
de brisa azul sobre la piedra.
Sin dejar rastro, como el oro
de las hojas, cuando coronan
la frente grave del otoño...
Porque no queda ni una sola
rosa plantada por nosotros. (PM, 59)

Ahora bien, ¿qué insinuamos con la afirmación "predomina en la poesía de Hierro el elemento vida"? En primer lugar, no

queremos proponer que esto represente necesariamente un triunfo feliz de la vida sobre la muerte; la nota negativa persiste; "la mar" no se pierde de vista. Pero precisamente hemos ofrecido muestras de los temas de lo transitorio, de la muerte y de la nada con el deseo de poder destacar con mejor perspectiva la suprema categoría de nuestra afirmación inicial, tiempo es vida. El tiempo para Hierro es mucho más que punto de arranque para meditar sobre lo no-vida; él no es solamente el poeta del hecho de que nos consume el tiempo o del fin a que nos conduce, sino el poeta del sentimiento de esta corriente en sí. La vida se define por ser proceso, no estado, por ser dinámica y no estática. El existir del hombre es un perpetuo cambiarse y evolucionar. ¿Hacia la nada? Aunque así sea, no siempre ha de centrarse el enfoque en ella, y lo nuevo en Hierro es su modo de insistir en la vida como movimiento: es difícil que se encuentre otro poeta que reproduzca esta sensación con tanta fuerza sugestiva como la vemos aquí, en todos sus ritmos, hasta producirnos la impresión de un desfile perpetuo que a veces marcha lentamente, otras a galope, pero que siempre avanza. Por medio de la repetición, la enumeración, la preferencia por ciertos tiempos verbales, y la elección de palabras especialmente expresivas, se alcanza este efecto de vida flúida que se verá en los fragmentos incluidos a continuación, aun sin que sea necesario prestar gran atención al significado denotativo de las palabras:

Fuimos echando piedras, lodo,
trozos inútiles de muerte,
mármoles rotos.

.....
Noches y días
se suceden. Seguimos solos. (PM, 56, 58)

Vivimos y morimos muertes y vidas de otros.

.....
Ríos furiosos, ríos turbios, ríos veloces. (PM, 60 61)

Por qué vas ciego, rompes, quemas, pisas,
ignoras cielos, manos, piedras, risas, (PM, 167)

Me parece que todo huye,
que se aleja a un galope loco.
(Y nos vamos quedando solos.)
.....

Ríos que trazan nuevos arcos
para alejarse de nosotros;
nuevas estrellas, nuevos siglos.
.....

Irán perdiendo su sentido.
.....

Se irán borrando poco a poco. (PM, 219, 221)

Y todo ahogándonos, borrándonos.
Y todo hiriéndonos, rompiéndonos. (PM, 229)

Tras los cristales, lento,
lluvioso, octubre pasa
acariciando el mundo. (3)

Y a las noches suceden
los días; y a las lluvias
los soles. Y no hay nada
que dure más que espuma. (PV, 91)

Y yo voy arrojando
ceniza, sombra, olvido. (Quinta, 25)

Y yo, entre cosas de tiempo,
ando, vengo y voy perdido. (Quinta, 31)

Ay, estíos, otoños, primaveras,
inviernos que nacían y pasaban.
Ay, gaviotas, alondras, horas,
manos, estrellas, peces, ramas. (Quinta, 105)

(3) JOSE HIERRO, *Con las piedras, con el viento...* (Santander: Proel, 1950), p. 86. Citado en adelante PV.

Día a día,
segundo a segundo, fuimos
aprendiendo la verdad. (*Quinta*, 112)

—Nota a nota, nombre a nombre,
fecha a fecha—, vais muriendo
al son del tiempo que corre. (4)

... iré evocando
y evocando, repitiendo
y repitiendo, instantáneos
destellos que eran mi vida. (*Cuanto*, 23)

He ido desenterrando
mis muertos y mis horas...
(y sus horas), mis muertos
y sus glorias... (mis glorias). (*Cuanto*, 91)

Sería posible considerar tales ejemplos de sensación de movimiento como aislados de la extensión infinita de la vía temporal, como fragmentos. Y la vida es más que eso, trozos de tiempo. Sería injusto pasar por alto la importancia que tiene la interpretación de la vida en la obra de Hierro como duración, cualidad emparentada al concepto que recibió su resumen filosófico más preciso y más conocido en Bergson, pero que existía ya y sigue existiendo en el alma y en la obra de los poetas. Lo que somos es la suma total de lo que hemos sido y lo que vamos siendo (y podría añadirse de lo que aspiramos); cualquier caracterización del hombre fuera de tal proceso acumulativo resultaría parcial. Ha dicho nuestro poeta:

Sé que somos la suma
de instantes sucesivos
que el tiempo no destruye. (*PM*, 170)

(4) JOSE HIERRO, *Cuanto sé de mí* (Madrid: Agora, 1957) p. 13. Citado *Cuanto*.

Las "tierras amarillas" de "Tarde de invierno" no son para él sencillamente una experiencia actual, ni puramente un recuerdo del pasado, sino parte íntegra de un alma que flota en un perpetuo temporalismo: "Hoy, ayer, mañana, siempre / tierras amarillas" (*Quinta*, 55). Y una ojeada a los dispersos versos citados más arriba servirá para mostrar que no todos éstos se refieren únicamente al presente sino que abarcan pasado, presente y futuro (divisiones que respetamos por ser útiles, pero que debe admitirse son algo artificiales y de límites borrosos).

De aun mayor ascendencia como prueba de esta amplitud de visión es la fuerte conciencia del pasado que va manifestándose de muchas maneras. Es, en esta poesía, tal vez el más fundamental de los elementos temporales que conducen al dolor. Pero antes de comentar su lado trágico con más detalle, conviene demostrar la gran importancia del pasado o del recuerdo como fuente, objeto, o proceso, a lo largo de todos los tomos que el poeta nos ha dejado: "Presente y pasado chocan / en mi canto, y queda erguido / el pasado" (*Cuanto*, 39). Es aquí tal vez donde Hierro más se parece a otro lírico de vida temporal, a Antonio Machado, poeta con quien parece estar hermanado en muchos detalles de temperamento y de estilo. Situados en el presente, vuelta la cara hacia el pasado, ambos encuentran perspectiva para descubrir verdades que se esconden al hombre en el presente: "Nadie se ve si no se aleja / de sí mismo... (Todo ocurría a mis espaldas)" (*PV*, 112). Para ver hasta qué punto llega el valor de la orientación —relativa por lo menos— hacia el pasado, es de interés especial un fenómeno que se manifiesta varias veces en la obra del santanderino: el proyectarse en el futuro en busca de la intuición deseada que no se presenta en la realidad inmediata. El poema "Mambo" al principio parece estar dominado totalmente por el ambiente opresor y deslumbrante del presente, pero no tarda el poeta en lanzarse precipitadamente al futuro, nada menos que hasta después de muerto:

Amo la vida. Algún día,
 cuando esté dormido, bajo
 sábanas frescas de tierra,
 o en la mar, iré evocando
 y evocando, repitiendo
 y repitiendo, instantáneos
 destellos que eran mi vida;
 se derramarán los granos
 diminutos de las horas
 en mis manos de enterrado. (*Cuanto*, 23) (5)

Así, siendo el recuerdo como una clave que nos ilumina la esencia de nuestro ser más verdadero, es natural que se hagan esfuerzos por conservar lo pasado, los cuales llegan a ser, como en tantos poetas, una manera de agarrarse a la vida. Es un cruce de caminos de vida y poesía, evidente, por ejemplo, en los bellos versos nostálgicos de "La aventura":

Buscas los días. Desandas el viejo camino.
 Dices: "Fué aquí..., por aquí..."
 Buscas los días. Te aferras a escenas
 que son el reflejo de un sueño en la sombra de un sueño.

.....
 Pretendes volver a tus días.
 Hilos de plata (la araña que teje el recuerdo),
 hilos de plata atraviesan la noche serena y desnuda.
 Cruzas, por ellos, los días, desandas el viejo camino:
 tus días.

Te buscas a ti. (*Cuanto*, 62, 63)

El mencionado parecido entre Hierro y Machado se pierde con no poca frecuencia en la actitud y el tono en que se recibe

(5) Véanse otros ejemplos de semejante proyección en los poemas "Despedida del mar" (PM, 31-33), "Luz de tarde" (PM, 176-177) y "El poema sin música" (*Cuanto*, 41-43).

y se expresa el pasado. El alma siempre inquieta de Machado sí pudo encontrar cierto consuelo en la reconstrucción de realidades pasadas con la fantasía, experimentando así momentos de una felicidad apagada pero calurosa, y a veces hasta sensual, al estilo de Proust. Basta una estrofa para traerlo a la memoria:

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
casi de primavera,
tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena
y de la buena albahaca
que tenía mi madre en sus macetas. (6)

¿Y Hierro? Debe confesarse en primer lugar que él no desprecia del todo el recuerdo, ni mucho menos: véanse como muestras los poemas "Recuerdos del mar" y "Recuerdos" (*PM*, 48-50 y 180-182) en que se acepta con alguna complacencia el tiempo pasado; compárese el segundo, que empieza: "Aquello era hermoso. ¿Te acuerdas de cómo las flores nacían? / ¿De cómo traía el ocaso su rojo clavel en la boca?", con el poema de Machado cuyos primeros versos son "¿Mi amor?... ¿Recuerdas, dime, / aquellos juncos tiernos, / lánguidos y amarillos / que hay en el cauce seco...?" (7). Hay una semejanza entre los dos en el tono levemente melancólico, becqueriano, que revela que, a pesar de su mismo aire de tristeza, Hierro, como Machado, está saboreando el recuerdo. ¿Pero no es casi una perogrullada observar que cualquier poeta se complace en recurrir tarde o temprano al pasado por su materia poética? El hecho es que, a pesar de su frecuente presencia, hay en la obra de Hierro un desprecio sostenido por el pasado. Fue Machado quien dijo: "Sólo recuerdo la emoción de las cosas, / y se me olvida todo lo de-

(6) ANTONIO MACHADO, *Poesías completas* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1951), p. 24.

(7) MACHADO, *op. cit.*, p. 41.

más" (8). No obstante, la "galería" de recuerdos en Hierro es notablemente menos sustancial, menos tangible que la del noventayochista. Dijérase que no se nutre del pasado como lo hacía el autor de *Soledades*. Es posible destacar algunos de los aspectos del porqué sin entrar en cuestiones de biografía, aunque se ha de entender que se trata de motivos psicológicos poco sencillos, no siempre bien distinguibles unos de otros.

Primero, puede decirse que en general el evocar el pasado significa darse cuenta del avance de los días y de los años, como un gran despertador que tiñe la alegría del hombre, obligándole a enfrentar la luz de la verdad temporal, que no permite que se olvide que pasado y presente son irreparablemente distintos y que traen implícito, con todas sus consecuencias, el futuro. Segundo, se encuentra en Hierro una impresión de un pasado bello que debió ser, pero que en realidad jamás logró florecer, de una gran ausencia de juventud feliz, sentimiento que surge en parte de ese efecto de pasado brumoso ya aludido (9). Tercero, la eterna paradoja expresada en palabras conocidas: "como, a nuestro parecer, / cualquiera tiempo pasado / fue mejor". El recuerdo conduce a una comparación de presente y pasado en que éste fatalmente parece bello (aunque no lo haya sido) y aquél, triste y seco: "No fue jamás mejor aquello. / Esto de ahora es doloroso" (*PM*, 55).

¿Y por qué ha de parecer bello el pasado? Ahí está el eje de la tragedia: es bello precisamente por haberse escapado, añorado por ser inalcanzable, convertido ya en un tipo de ideal que va alejándose en la estela de vida desvanecida, y que no se quie-

(8) "Los complementarios", *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Nos. 11 & 12, sep.-dic. de 1949), p. 250.

(9) Aquí es difícil no recordar una vez más a Machado. Por ejemplo, los siguientes versos: "Tarde tranquila, casi / con placidez de alma, / para ser joven, para haberlo sido / cuando Dios quiso, para / tener algunas alegrías... lejos / y poder dulcemente recordarlas" (*Poesías completas*, p. 72).

re soltar. Podría decirse que el pasado en Hierro se define como lo perdido: "Aquellos días / ...—ha suspirado— aquel tiempo / perdido, definitiva/mente..." (*Quinta*, 56). Ahora, teniendo en cuenta cómo la visión hacia atrás, pese a su carácter negativo, no sólo surge insistentemente sino que representa revelación, verdad de vida, se verá la ironía cortante y fundamental de que el hombre no puede descubrir ese ser que es él mismo, creado, digamos, por el pasado, hasta demasiado tarde: "era vida y tú dormías" (*PM*, 85), dice un verso de *Tierra sin nosotros*, descripción concisa del fenómeno. Las experiencias pasadas son lo que nos ha formado y lo que sigue formándonos; el pasado es, pues, lo que hemos sido y lo que somos, y a la vez, bien sabemos que es lo que ya no somos. En un poema de *Con las piedras, con el viento...* encontramos la observación "Somos / los prisioneros del ayer" (*PV*, 48), y en otra parte del mismo libro tropezamos con una acertada expresión, en tono menor, de esa vaga fuerza misteriosa e irónica que es el pasado:

¿No habéis —pasado el tiempo— vuelto
y habéis llorado por la rama
seca, que había sido verde
cuando vosotros la ignorábais?
Se desprecia lo que se tiene
por soñar aquello que falta.
Y al buscar lo que se tenía
no queda en vuestras manos nada.
Como si todo sucediese,
misterioso, a nuestras espaldas.
Cual si evocar fuera tan sólo
nuestra única avidéz lograda. (*PV*, 111) (10)

¿Cómo reaccionar? ¿Hay que recobrar el pasado, volver a meterse dentro de ese mundo? Lo hizo Machado. Hierro, sin

(10) El subrayado es nuestro.

embargo, es menos inclinado a olvidarse de que es imposible de veras volver atrás: "Sé que si busco al que fui / no le encontraré" (PM, 251). Imposible corregir, cambiar, volver a gozar, imposible empezar de nuevo. El rendirse a tal mundo desmoronado significaría renunciar a la ilusión, ilusión no sólo en el sentido de sueño juvenil, sino en el de todo deseo, toda fe e intención de realizarse, de cumplirse el destino, valores que inevitablemente apuntan hacia lo porvenir. No sería enriquecer el espíritu sino más bien ahogarlo. Así, es componente importante de esta obra la reacción violenta contra el pasado. Se observa que no funciona vitalmente para el hombre: "...lo que fuimos. / Eso es agua pasada, y agua / pasada no mueve molino" (PM, 72). Pero no es lo normal aceptar el hecho con el estoico realismo popularista que parece reflejarse en este fragmento. Más característica es la pelea constante contra lo pasado:

¡Ojalá no soñara nunca!
No recordarte, no mirarte,
no nadar por aguas profundas,
no saltar los puentes del tiempo
hacia un pasado que me abruma. (PM, 39)

Se anhela escapar del recuerdo:

Huye a muchos kilómetros
de aquí, a donde los ecos
sepan a monte, a donde
no hieran los recuerdos. (Quinta, 152-153)

Este deseo de escapar arranca no sólo del recuerdo sino del sentido del tiempo en general. Típico sobre todo de algunas partes de *Alegría* y *Con las piedras, con el viento...* es este verso: "Piensa sólo un instante que has roto los diques y flotas sin tiempo en la noche" (PM, 188). Ahora bien, ¿logra el poeta escapar de la persecución del tiempo? ¿O es sólo añoranza? Si lo

alcanza, ¿qué es el reino no-temporal en que penetra? Y, ¿es justo lo ya afirmado de que se asocia con él un tono alegre? Establecido ya que hay en la poesía de José Hierro un trasfondo persistente de sentimiento del tiempo cuyo sabor es de esencia trágica, éstas son las preguntas con las que nos toca enfrentarnos ahora. Después de todo, ¿no es éste el autor de *Poesía del momento*, título que ha dado al tomo que reúne nada menos que los dos libros *Tierra sin nosotros* y *Alegría*, y del cual dice: "En mi diccionario lírico, poesía del momento se contrapone a poesía del recuerdo" (*PM*, Intro., 10)? Y, ¿qué hemos de pensar de estas palabras del poeta: "...sólo el presente ofrece carne viva" (*PV*, 67)? ¿No es, además, la voz de la "alegría"? Y por fin, ¿no canta el gozo de una naturaleza presente, andando "con las piedras, con el viento"? En suma, ¿es José Hierro de veras el poeta de un tiempo doloroso que en último término equivale a vida? ¿O es, en cambio, el de una existencia no-temporal en que lo vital es participación alegre en lo inmediato?

Conviene primero observar que hay, como es natural, una porción sustancial de poesía en que el tiempo no representa un papel importante, sea en forma directa o indirecta; es a-temporal. Pero también hay poemas en que tiende a predominar lo que pudiera llamarse no-temporal. Es decir, existe una preocupación por algo más que el aspecto negativo de la huída. Se trata sobre todo del gozo exuberante del instante, del captar y fijar lo feliz y lo bello en un momento encendido de exaltación, lo cual nos conduce, por lo común, al presente, o por lo menos a una esfera libre de tiempo, lograda sólo desembarazándose de las interrupciones e inquietudes de pasado y futuro. Alejándonos ya del espíritu temporal de tipo machadiano al que ya aludimos, vemos en esta fase de la poesía de Hierro más parecido con la de Jorge Guillén, de quien se ha dicho: "No canta en lucha con el tiempo", y que es "el poeta más eleático de la Historia —casi el único" (11), y de una manera semejante

(11) JOSE MARIA VALVERDE, "Plenitud crítica de la poesía de Jorge

en Hierro la experiencia ha de efectuarse para el hombre al aire límpido de la naturaleza, para el poeta en el “nombrar”:

Hojitas de oro tierno.
 Primaverales zumos.
 ¡Cuánta flor amarilla!
 ¡Qué verde limpio y húmedo!
 ¡Qué divino expresarse
 con cantos, aguas, juncos,
 brisas, soles, orillas,
 aves, nubes, crepúsculos...! (PM, 150)

¿Experiencia casual, reducida por un carácter momentáneo a la insignificancia? A duras penas. No es forzoso que la falta de tiempo le quite dimensión; pues, más bien que limitación o defecto, se trata de la indomable tendencia del alma humana a la expansión, aunque no sea temporal. Esta unión de hombre y cosmos crea un puente entre instante y eternidad, siendo sin tiempo los dos (recuérdese que una sección de *Alegría* trata del “instante eterno”). El mundo natural llega a ser una vitrina de lo absoluto, símbolo de lo infinito, como lo son, por ejemplo, los “árboles viejos / que aun vivirán cuando muramos, / que vivían cuando aún no éramos” (PM, 67). Igual que en *Cántico*, el fundirse con la naturaleza, el llegar a la esencia de sus elementos, el *serlos*, significaría una llegada a un orbe trascendente en que se perderían los límites de tiempo y espacio y en que se podría “llenar el universo / con nuestras vidas” (PM, 159), impresión producida en la primera parte del poema siguiente:

Ahora comprendo muchas cosas
 desesperadamente vivas.
 Pensé primero: ser el pájaro,
 ser la hoja verde, ser la espiga.

Guillén”, *Clavileño* (No. 4, julio-agosto de 1950), pp. 44-50. En lo citado, se está refiriendo a *Cántico*, no a la obra posterior donde sí se observan cambios definitivos.

Felicidad de seres mínimos,
 abiertos sólo a la sonrisa.
 Granar y volar y volver
 y verdecer, brillar... Las limpias
 horas serían urnas de oro,
 donde la gracia se eterniza.
 Y sin pasado y sin futuro
 y sin presente que nos mida.
 Ser como el pájaro y la hoja,
 como la espiga. (PM, 203-204) (12)

Pero volvamos a la pregunta de la cual partimos: ¿Se alcanza de veras este vivir libre de tiempo? A pesar de la evidencia en pro, hay que contestar con la negativa. Indudablemente hay chispas de poesía de presencia, fragmentos que reflejan cierta sensación de armonía o consumación actual, lograda a través del amor o de la naturaleza. Pero apenas representan un entregarse al mundo presente del tipo del *Cántico* de Guillén. Para Hierro, el hombre está condenado como Tántalo a ver estas aguas ideales de lo no-temporal, pero sin jamás poder de veras aprovecharse de ellas. De que la vida *debía* ser así, fresca e inmediata, sí hay sugerencias. Debía ejemplificarlo sobre todo el ser puro e inocente del niño, el cual está libre de las preocupaciones que puedan traer el pasado o el futuro, y que nos muestra de nuevo ese aspecto divino del no-tiempo, siendo un reflejo de la perfección de Dios, perfección infinita sin la debilitación que impone el conocimiento del tiempo:

El no puede llorar. El es
 un dios ardiente. Es el espíritu
 de la vida. Nos miraremos
 en él sin pena. Será limpio
 de recuerdos. Prolongación
 dichosa de nosotros. Limpio
 de recuerdos. (PV, 95)

(12) Esta posición no es la única sancionada en este poema, ni tal vez la más importante, como veremos más adelante.

Pero el poeta no se engaña a sí mismo; se da cuenta de que una existencia supra-temporal sería una existencia sobrehumana.

Así es que no hay adquisición pura y sostenida. Las formas en que entra este reino no-temporal son en su mayoría o búsquedas o momentos excepcionales. En efecto, son numerosos los poemas que parecen representar la posesión, al principio, sólo para llegar más adelante al fracaso. El poema "Cumbre", uno de los íntimos diálogos del poeta con su "Tierra", tal vez podría considerarse una de las pocas excepciones, pero hasta en él hay algo revelador. Veámoslo. Nótese la fe, el aire de seguridad en lo presente que se descubre desde el primer verso:

Firme, bajo mi pie, cierta y segura,
de piedra y música te tengo;
no como entonces, cuando a cada instante
te levantabas de mi sueño.

Ahora puedo tocar tus lomas tiernas,
el verde frescor de tus aguas.
Ahora estamos, de nuevo, frente a frente
como dos viejos camaradas.

Dos estrofas más adelante se verá que la última introduce una nota iluminadora:

Firme, bajo mi pie, cierta y segura,
de piedra y música te tengo.
Señor, Señor, Señor: todo lo mismo.
Pero, ¿qué has hecho de mi tiempo? (PM, 117-118)

Se está libre del tiempo hasta el final, pero, ¿no hay en el último verso una indicación clara de que la tal libertad es extraordinaria? Precisamente por esa razón el poeta queda sorprendido, impulsado a ponderar esta incomprensible pérdida de contacto con el tiempo. Este es sólo un momento, un breve momen-

to atípico de su vida. O, más convincente aún: un breve poema titulado "Canción", que empieza como si se hubiera alcanzado una plenitud de "alegría" presente:

Hay que salir al aire,
 ¡de prisa!
 Tocando nuetras flautas,
 alzando nuestros soles,
 quemando la alegría. (PM, 158)

¿Por qué "¡de prisa!"? ¿Prisa nacida del impulso de un gozo superabundante e inmediato que quiere expresarse? De ningún modo. El tema verdadero se manifiesta más adelante, y puede sugerirse por unos fragmentos: "Hay que invadir el día / ...antes que se nos eche / la noche encima. / ...porque tenemos prisa. / Y hay muchas cosas nuestras / que acaso no se digan". El apresurarse no se explica, pues, por ningún espíritu juguetón; es por escapar a los estragos del tiempo, por cazar una felicidad viva *mientras se pueda*. El tono ligero que en la superficie parece de canción alegre es más bien un medio para comunicar este sentido de prisa, la que resulta ser el fundamento sobre el cual el espíritu rebelde del poeta alza la "canción", la apelación a ganar sobre la "noche" que avanza. Otro poema de fondo temporal.

En esta oposición a abandonarse por completo al instante presente, creemos ver en Hierro al heredero de una característica honda y fundamental de los románticos. Los extremos de muchos de éstos nos proporcionan una mina permanente de referencias y comparaciones para hacer resaltar, como bajo una lupa, numerosas facetas de las artes. Igual en el caso al que nos referimos, por lo cual queremos demostrarlo citando al que probablemente ha sondeado más las extensas zonas del elemento tiempo en la literatura, Georges Poulet. De la exposición histórica del tema en su libro, *Études sur le temps humain*, entresacamos unos cuantos fragmentos que describen bien el indica-

do aspecto del romanticismo .Se está tratando de “la incapacidad de ser”, nacida ya entre los pre-románticos:

Incapacité d'être dont le romantique va faire à chaque instant le constat renouvelé, car chaque émotion nouvelle va comporter inévitablement sa part de souvenirs et de désirs, et dénoncer dès lors en l'instant l'insuffisance de l'instant à combler ce vide qu'ils y creusent...

Sentir son existence comme un abîme, c'est sentir la déficience infinie du moment présent. Le moment engendré par l'homme ne suffit plus à l'homme. Si vive ou si multiple qu'il rende sa sensation ou sa pensée, l'homme découvre à chaque essai, qu'il a irrémédiablement manqué cette création de lui-même par lui-même. Invariablement il se fait et se sent au-dessous de ses exigences...

Dès lors, la nostalgie romantique s'avère comme la nostalgie de cette vie que l'âme ne peut jamais pleinement se donner en aucun moment, et que néanmoins elle découvre toujours en deçà ou au delà du moment, dans le domaine insaisissable de la durée...

Posséder sa vie dans le moment, telle est la prétention ou le désir fondamental du romantique. (13)

Aunque refrenada ya, tarde o temprano esta postura se manifiesta en nuestro poeta. El corto poema “Luz de tarde”, podría recordarnos, por algunos de sus versos, otra obrita de las de *Poesía del momento* que están al margen de una identificación cabal con la naturaleza, cantando “estas ramas en flor que palpitan y rompen alegres / la apariencia tranquila del aire, / esas olas que mojan mis pies de crujiente hermosura” (PM, 176). Pero lo que de veras se está comunicando es la misma falta de una identificación tan cumplida, la que constituiría un acto de participación en un presente bien circunscrito; la incapacidad se debe a la invasión del temor de perder lo que se pretende

(13) GEORGES POULET, *Etudes sur le temps humain*. (Edinburgh: The University Press, 1949), pp. 34-35.

poseer en el ahora, presentimiento que depende del asalto de recuerdos anticipados, o sea del irreprimible sentimiento del tiempo:

Me da pena pensar que algún día querré ver de nuevo este
[espacio,

tornar a este instante.

Me da pena soñarme rompiendo mis alas
contra muros que se alzan e impiden que pueda volver a
[encontrarme.

.....
Me da pena mirar estas cosas, querer estas cosas, guardar
[estas cosas.

Me da pena soñarme volviendo a buscarlas, volviendo a
[buscarme,
poblando otra tarde como ésta de ramas que guarde en mi
[alma,
aprendiendo en mí mismo que un sueño no puede volver
[otra vez a soñarse. (PM, 176-177)

En resumen, es forzoso reconocer que la "poesía del momento" no es una verdadera posesión feliz del presente (14). Aunque todo esto de escapar de las garras del tiempo sea tan insistente, y el brinco del momento aparezca con frecuencia, no cabe concluir que con esto se esté representando un modo de ser que haya triunfado. Tales motivos son efusiones de tipo esencial-

(14) Debe reconocerse que con el término "poesía del momento" el poeta mismo no pretende representar precisamente el tipo de postura atemporal ante el tiempo que hemos postulado aquí. En sus propias palabras: "En mi diccionario lírico, poesía del momento se contrapone a poesía del recuerdo. Esta es clásica, con más arte que vida. Aquélla, romántica, con más vida que arte. O, si se prefiere, la del momento emplea el arte como medio; la del recuerdo, como fin. En la del momento, el arte es la frigorífica. Su objeto es conservar el producto que guarda dispuesto para ser comido cuando se desea. Poesía del recuerdo es el poema. Poesía del momento es el hombre". (PM, intro., 11).

mente lírico, y el poeta tiene el derecho de hacer poesía de sus tentativas, sus deseos y sus intuiciones.

¿Dónde volver? ¿Cómo resolver el dilema de esta sombra del tiempo que pesa sobre el hombre? Aclaremos primero que, según se desprende de la obra de Hierro, no hay refugio, y el escapar no representa solución. En verdad no hay solución alguna propiamente dicha, pero si es que hay una teoría de la vida o un sentido de dirección con que enfrentar el problema, subyacente por lo menos, nos parece más cerca de ella un punto de vista más sobrio, más maduro y realista que el de querer aislarse dentro de los paréntesis del instante, y de valor más positivo que el ansia de la amnesia o de narcotizarse con alguna sensación deslumbrante e ilusoria de vida presente. En fin, creemos que el poeta ha podido hallar en el tiempo, a pesar de todo, fuerza constructiva, con lo cual llegamos a la tercera categoría por estudiar que hemos establecido. Es que hay otra alegría aparte de la impulsiva del instante actual —llamémosla una “alegría madura” (15) —que es, en suma, un tipo de fe en la vida otoñal, una capacidad para resignarse ante los estragos del tiempo, a sabiendas de que la vida hasta se alimenta de ellos (no se trata de “resignación” en el sentido de conformismo e indiferencia ciegos, a costa del derecho a protestar y rebejarse, libertades en que ha insistido enfáticamente el poeta).

¿Cómo se expresa esta fase de la visión de lo temporal, y qué importancia tiene? Fácilmente pudiera deducirse de antemano que esta actitud se explica por el hecho de que el hombre apenas llega a gozar de una vida rica por medio de un solo latido, de una risa o un sollozo, es decir de un momento o un día, sino más bien por medio de un proceso de destilación dentro de la extensión del tiempo. Pero lo curioso es que este poeta que en forma muy directa tanto nos cuenta y repite respecto al tiempo, no nos diga esto en contadas palabras. No es posible sacar claros

(15) Este término ha sido empleado por Hierro mismo; véase *PM*, 163.

ejemplos fragmentarios para demostrar esta verdad —y creemos que es una verdad— tan concisamente como en otros casos de motivos temporales. Sin embargo, no se esconde. Es difícil que el lector tarde en juntar dos ideas fundamentales del poeta: la de que el tiempo significa vida, y otra de que la vida misma, plena e intensa, es, en el fondo, la alegría suprema (16). De ahí se saca la conclusión de que el tiempo es, o puede ser, una fuerza del bien. El primero de estos puntos, ya lo establecimos al principio del estudio como tronco de nuestro problema. El segundo, aunque parezca una convicción firme en algún momento, un razonamiento *a posteriori* en otro, y a veces posiblemente simple esfuerzo o deseo, persiste hasta por debajo del gesto del escapismo. Hay que saberse vivo, participar, alegrarse:

Saber que vivo, que palpito. (PM, 124)

Todo es maravilloso
si nos sentimos vivos. (PM, 233)

Somos alegres porque estamos vivos. (PM, 157)

Pero no se trata sencillamente de una alegría de romántica exuberancia, sino también del amor a una vida total, llena de compromisos e inquietudes. Véase como se rechaza el impulso a identificarse con la naturaleza al descubrir que eso no es vida humana: en "Razón" (el primero de los dos de *Alegría*), poema ya citado, vimos el deseo de "...ser el pájaro, / ser la hoja verde, ser la espiga" (PM, 203). Ahora debemos avanzar más adelante en sus versos y ver lo que pasa con esta "felicidad de seres mínimos":

(16) Ha dicho José Luis Cano en un ensayo sobre Hierro: "La poesía de Hierro es poesía vivida—vivida y soñada—, y con expresión propia. Su tema central quizá es la avidez de vida, la necesidad de vivir plenamente la vida y plenamente conocerla, sin que el dolor, las espinas ni las sombras sean capaces de abatir ese afán, ese frenesí a veces coronado de melancolía." *Poesía española del siglo XX*, (Madrid: Ed. Guadarrama, 1960), p. 484.

Mas el pájaro no es feliz,
ni las hojas, ni las espigas.
Ellos no saben que están vivos
y no encuentro quien se lo diga. (PM, 204)

Se está poetizando el súbito descubrimiento, o mejor dicho, el redescubrimiento, de la supremacía del valor vida, con las penas que tenga, por encima del momento exaltado y perfecto que no ofrece significado vital perdurable. Lo confirma la conclusión del poema, donde llega el poeta hasta el extremo de sacar la alegría precisamente del dolor:

Alegría es sentir el alma,
en cada instante, nuestra y viva.
Y es, cuando más se siente el alma,
cuando la llevamos herida. (PM, 205)

Se reconocerá en esto de la alegría nacida en el dolor un tema de primera categoría en la poesía de Hierro. Y aquí mismo podremos ver cómo se relaciona el sentido del tiempo con el de vida como supremo bien.

Se podría pensar que quien goza del dolor como signo de lo vital ame al tiempo, como una de sus formas fundamentales. E indudablemente hay algo de verdad en esto. Pero es otra dirección la que queremos seguir en este momento. Se recordará lo que dice el soneto que encabeza *Alegría*:

Llegué por el dolor a la alegría.
Supe por el dolor que el alma existe.
Por el dolor, allá en mi reino triste
un misterioso sol amanecía. (PM, 129)

Pues, ¿llegar "por el dolor a la alegría" no es proceso temporal? Experimentar los dos polos simultáneamente en un momento dado no debe considerarse una postura falsa, ni sin sobrados antecedentes, pero lo probable es que represente en

Hierro sólo una rama de la lección de que el hombre se cumple a través de las series de experiencias dolorosas y desilusionadoras que se acumulan lentamente para dar un sentido de plenitud a la vida. Y no se trata de un proceso subconsciente, escondido al poeta, puesto que él nos revela claramente en ocasiones la importancia del elemento temporal:

Después de la amargura y después de la pena
es cuando da la vida sus más bellos colores. (PM, 237)

Tras el dolor consigue el alma
su plenitud. Sólo así llega
a reposar en la alegría,
a sentirse total y nueva. (PM, 101)

Claro que no se trata de un dolor puro que se convierta luego en una felicidad pura: no hay ninguna transformación maravillosa en que queden arrancadas las espinas. Es más bien cuestión del desarrollo, a lo largo del transcurso de las horas, los días y los años, de una perspectiva que permite convertir lo penoso en un existir amplio y hondo, aunque de sabor agri-dulce (17).

Para concluir es forzoso volver a la cuestión de la variedad. Ya se ve que no nos encontramos con una visión rectilínea del tiempo en esta poesía: ni es sólo de recuerdos, ni sólo de muerte, ni sólo de un absolutismo atemporal, ni sólo de cualquier otro género fijo y exclusivista, lo cual bien puede ocurrir en poetas legítimos, desde luego. No hace falta un resumen de todos los extremos que hemos tocado arriba para demostrar que hay de todo. En efecto, hemos atajado nuestro examen del problema sin discutir varios de los asuntos relacionados que merecerían atención para completar el cuadro (18). Llegado a este

(17) La cuestión de la naturaleza de esta "alegría" teñida de dolor está comentada acertadamente por José Luis Cano en el mismo artículo citado antes.

(18) Hemos pasado por alto, por ejemplo, la cuestión del desarrollo

punto resonaría bien una afirmación rotunda de que hemos ido probando que la gran multiplicidad de aspectos de lo temporal es de veras una síntesis nítida de lo que sólo tiene la apariencia de toda una serie de posturas distintas ante el tiempo. Pero esto abarcaría únicamente parte de la verdad. No sólo hay variedad: hay discrepancias, contradicciones, polos y cambios que el poeta no ha tratado de meter dentro de un sistema hermético de sentir, pensar y poetizar. Y no es por descuido: si José Hierro es la voz del tiempo, lo es también de la vacilación del hombre, del ser humano que nace a una existencia que no se le presenta como algo simple y estable y con armonía entre todos sus elementos. La técnica contrapuntística (véase por ejemplo "Mambo" y "Reportaje") y los característicos saltos abruptos de un asunto o tono al opuesto aun dentro de un solo poema (que sirva de muestra "Desaliento" [PM, 208-211], y obsérvese también la enorme y significativa frecuencia de la palabra *pero* en gran número de composiciones) son prácticas hechas conscientemente. El poeta nos ha dicho que sus versos son "una suma de instantes vividos con intensidad,... con todo su desorden, contradicciones, impurezas" (PM, intro., p. 10) (19). Y en nuestra opinión no es sólo cuestión de *dejar* que los versos reflejen, como espontáneamente, aquí y allá, el desorden de la vida, sino que éste es inyectado, recalcado hasta llegar la vacilación a ser elemento sobresaliente del proceso poético. De ahí que, en los muchos modos de presentar el tiempo —el tiempo caprichoso del hombre—, esté reflejado el cultivo de la paradoja,

poético, la cual probablemente explicaría ciertas de las variaciones que hemos demostrado. Tal omisión se ha hecho principalmente por conveniencia práctica, pero creemos también que el paso de los años no trae cambios tan radicales en la *Weltanschauung* de José Hierro como en la obra de la mayoría de los poetas. Así es que el sentimiento del tiempo sigue, en el fondo, más o menos lo mismo desde el principio.

(19) Compárense las palabras de "Para un esteta": "No has venido a la tierra a poner diques y orden / en el maravilloso desorden de las cosas". (*Quinta*, 14).

la interrogación, la rebelión, la lucha, los impulsos, los antojos, las mudanzas, las dudas, lo arbitrario, lo misterioso, lo inseguro del hombre.

El hombre. He aquí el tema de la poesía de José Hierro. Por cualquier lado que la enfoquemos es imposible perder de vista que la constante esencial es lo hondamente humano:

¿Quién se olvida que es cuna y tumba, día
y noche, honda raíz y flor que brota,
luz, sombra, vida y muerte hasta los bordes? (*Quinta*, 92)

La poesía temporal va directamente al problema del porqué de la existencia del hombre, creador del tiempo, creado a su vez por el tiempo. Sus manifestaciones desde *Tierra sin nosotros* hasta *Cuanto sé de mí* nos demuestran que Hierro es un poeta de esos que surgen de vez en cuando para recordarnos que la poesía no nace en la pluma, que el arte no es juego aislado del alma, en fin, que "del vivir nace el cantar" (*Cuanto*, 36).

DOUGLASS M. ROGERS

The University of Texas